

Los Estudios sobre la Violencia en las Tres Últimas Décadas

Carlos Miguel Ortiz Sarmiento

Profesor del Departamento de Historia, Universidad Nacional de Colombia

Intentaré en esta ponencia apenas bosquejar el panorama de la producción, no sólo sociológica, sino científica social en el sentido más ecuménico, sobre la violencia en Colombia.

Mi vistazo se circunscribe a la producción publicada desde 1962, año de aparición del libro pionero en este género de estudios, el de Germán Guzmán y sus colaboradores Fals Borda y Umaña Luna, *La Violencia en Colombia, estudio de un proceso social*.

No pretendo dar cuenta de todas las publicaciones registradas en ese lapso de 28 años, ni mucho menos erigirme en juez. Apenas evocaré unos cuantos libros en la medida en que me sean útiles para mostrar los aportes que progresivamente han significado, las líneas gruesas de interpretación que ejemplarizan y eventualmente los vacíos e insuficiencias que son hoy el desafío para nuestra comunidad de científicos sociales, particularmente para las nuevas generaciones de investigadores.

Este es el objetivo último de la ponencia, concitar esfuerzos para proseguir la tarea, para no dejar caer el ritmo que afortunadamente los estudios han alcanzado, para incursionar en los terrenos vírgenes -muchos- que aún quedan a los científicos sociales por colonizar, vislumbrar los caminos que, a través de esta década, nos llevarán a las ciencias sociales del siglo XXI.

Dividiré mi ponencia en cuatro partes principales:

1. Los estudios de violencia, de 1962 a 1987
2. El punto de inflexión: Colombia, violencia y democracia
3. Los trabajos posteriores a 1987
4. Conclusión: balances y perspectivas.

I. Los Estudios de Violencia de 1962 a 1987

Hasta la aparición del libro de Guzmán, Fals y Umaña, "La Violencia" había sido solamente objeto de enfoques partidistas, con la

Hasta la aparición del libro de Guzmán, Fals y Umaña, "La Violencia" había sido solamente objeto de enfoques partidistas

marca de la imputación moral, y el lastre de visos intolerantes reflejados a través de un esquema binario de lenguaje: los buenos y los malos. Con el inicio del pacto bipartidista del "Frente Nacional" se pactó también un tácito acuerdo de silencio y amnesia. Cesaron las mutuas recriminaciones, pero en su lugar no surgieron propuestas de racionalización del tema mediante teorías de las ciencias sociales.

La obra de Guzmán y sus colaboradores, que irrumpe en ese cuadro con el propósito de diagnosticar el momento para buscar terapias sociales, desborda, no obstante, ese propósito al hacer un acervo de aportes que servirán luego a otros investigadores en distintas disciplinas: otorga protagonismo a sectores sociales, como los cuadrilleros campesinos o sus auxiliares veredales, que en las visiones partidistas anteriores habían sido condenados al simple papel de masas manipuladas (por el enemigo) o al de delincuentes casi natos o tarados mentales (que por lo demás sólo se anatematizaban pero no se volvían objeto de estudios psicológicos). Relacionado con el punto anterior, se descubre, detrás de ese espectro de "La Violencia", interesantes realidades para la sociología, como la organización campesina ligada al fenómeno bandoleril, la conquista de ideologías políticas más independientes del partidismo tradicional en el caso de ciertas bandas como las "guerrillas de los Llanos". El tema global de La Violencia se desagrega para reconocer las demarcaciones geográficas que autores posteriores, en los años 70, irán a tener muy presentes en relación con las explicaciones, con los eventuales ne-

xos causales o estructurales.

Subyace allí una preocupación por la rehabilitación de "los violentos", tema recurrente en Colombia cuando los conflictos armados se van volviendo exasperantes y que, en el caso de Guzmán, como miembro de la Comisión Presidencial "Investigadora de las Causas de la Violencia", lo ligaba hasta cierto punto al propósito oficial de incorporar "los violentos" al orden predominante de la sociedad. No obstante, los elementos de análisis sociológico le posibilitan a Guzmán situarse más allá del pragmatismo político prevaleciente, dar cuenta de la dinámica propia de los sectores estigmatizados por el lenguaje oficial y por el habla callejera, y reconocer los factores de violencia que dormitan, allende las mentes y las voluntades de los sujetos, en algunos caracteres mismos del orden social imperante.

Es claro que en ese tratamiento crítico del fenómeno social abocado por Guzmán, él recurre, en ciertos momentos, a inscribir los hechos que examina dentro de procesos históricos que retrotraen al lector diez, veinte años (como cuando relaciona la expresión armada del partidismo de los años 50 con los hechos violentos de los años 30); al hacerlo, Guzmán está dejando mojones para quienes, en los años 70 y 80, asumirán directamente la tarea de historiar "La Violencia": éstos, además, podrán apoyarse en los elementos de análisis social que Guzmán lega, así sea en estado embrionario.

Después de Guzmán, la sociología colombiana es poco lo que aporta a la comprensión de la violencia en los quince años siguientes, durante los cuales llenan el vacío los politólogos norteamericanos

Después de Guzmán, la sociología colombiana es poco lo que aporta a la comprensión de la violencia en los quince años siguientes, durante los cuales llenan el vacío los politólogos norteamericanos, hasta llegar, en los años 70, a colocarse el problema de la violencia en el centro de las preocupaciones de la ciencia política (nacional y extranjera colombianista), desplazando casi por completo las otras temáticas.

Del conjunto de "científicos políticos" americanos que, mas allá de sus divergencias y controversias, podríamos identificar como politólogos de la "Modernización", los dos primeros que escriben y se dan a conocer ampliamente entre el público universitario colombiano por haber sido traducidos al español, son Vernon Lee Fluharty (*Dance of the millions: Military rule and the Social Revolution in Colombia, 1959*) y John D. Martz (*Colombia: A contemporary political survey, 1962*); como puede verse en las fechas de edición de estos dos libros, sus autores los escribieron más o menos contemporáneamente al de Germán Guzmán.

El trabajo de Robert Dix, *Colombia, the political dimensions of change* (1967), que se centra en los cambios de la "República Liberal" de los años 30 pero también se interroga sobre La Violencia, es, si no igualmente consultado, por lo menos citado a menudo por historiadores de lo político.

Menos conocidos, en cambio, han sido: el texto de Robert C. Williamson ("Toward a Theory of Political Violence: The case of Rural Colombia", 1965),¹ donde sostiene la tesis del "hinterland"², o el de su contraversor Richard S. Weinert ("Violence in Pre-Modern Societies: Rural Colombia", 1966); el libro de James Payne, *Patterns of Conflict in Colombia* (1968), o los trabajos de grado de John Pollock, "Evaluating regime performance in a crisis: Violence, political demands and élite

1 En: Wester Political Quarterly.

2 En: The American Political Science Review

***Los científicos políticos
americanos pusieron
sobre la mesa de discusión
una pregunta que,
a decir verdad,
había estado descuidada
por parte de los inves-
tigadores colombianos:
la pregunta por el Estado***

accountability in Colombia" (1969), y de Joseph William Monahan, "Social Structure and anomie in Colombia" (1969).

Los científicos políticos americanos pusieron sobre la mesa de discusión una pregunta que, a decir verdad, había estado descuidada por parte de los investigadores colombianos; la pregunta por el Estado, que en los referidos autores se ligaba particularmente a "La Violencia".

Preguntas como ésta del Estado, la de la formación de la Nación, la relación Estado-nación, temas que en otros países latinoamericanos desataron un vivo debate, en Colombia habían tenido menos eco.

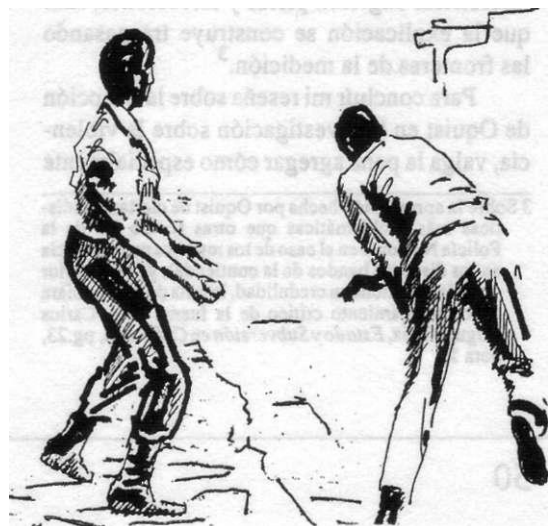
Ahora bien, la obra que considero más relevante entre las que relacionan esa particularidad de "La Violencia" colombiana con el problema del Estado, es la de Paul Oquist, *Violencia, Conflicto y Política en Colombia* (1978).

En el fondo, aunque por las estrategias metodológicas y por estilo optado no parezca, lo que Oquist pretende es hacer, apoyado en trabajos existentes, una historia global del Estado en Colombia; tal historia tiene el inconveniente de suponer de alguna manera un Estado homogéneo, centralizado, que sea fuerte o débil, que esté sano o entre en colapso, como plantea Oquist para los años de La Violencia. Acaso ese Estado no haya existido en Colom-

bia, ni antes ni durante La Violencia?

Frente a los investigadores politólogos que le precedieron, Oquist va indudablemente más allá. En efecto, en sus dos preguntas claves, la de la naturaleza del Estado y la de la índole de las transformaciones de la sociedad colombiana, Oquist logra: por una parte, sacralas de las "pattern variables" tradición/modernidad, que median los procesos con el cartabón del sistema político americano; por otra parte, traspasar un esquema muy simple de Estado, que le atribuía todo a su papel en el comercio agroexportador, a lo sumo (en el caso de los marxistas) adjetivándolo con el atributo instrumental de servidor de las "clases dominantes", sin que la existencia diferenciada de éstas, por lo demás, quedara del todo demostrada.

En Oquist están presentes, ciertamente, las clases sociales, y los conflictos interclases; esto posiblemente es su deuda con el marxismo, conocido con entusiasmo en las universidades norteamericanas de fines de los años 60 y comienzos de los 70, mediante la lectura estructuralista de Poulantzas. Su binomio Estado/estructura social, en cuyo grado de fortaleza existe casi siempre proporcionalidad inversa, diferencia los distintos períodos de la historia política, pero lo interesante en Oquist es que la existencia de los conflictos de clase no está supuesta a priori, con carácter necesario, ni son el único tipo de conflicto que se expresa en la forma de enfrentamiento violento armado a partir de la condición histórica de



derrumbe parcial del Estado; pelean también otros géneros de conflictos, que examina discriminadamente en el capítulo V, como rivalidades tradicionales entre poblaciones o violencia por el control de las estructuras de poder local, entre otros; y hasta deja abierta la posibilidad de "áreas estables de coherencia estatal".

La preocupación principal de Oquist, empero, que constituye el trasfondo de todas las modalidades de conflicto expresadas a través de las armas, es el colapso o derrumbe del Estado, tema que ocupa la mayor parte del capítulo IV, central del libro. En esta pregunta fundamental por la quiebra o catástrofe de la institucionalidad (el Estado), se hace palpable aún el aporte del estructuralismo clásico y en general de la "ciencia política" norteamericana.

Otra sugerencia interesante de Oquist es la incorporación que hace del tratamiento cuantitativo de los hechos, no sólo de los hechos violentos en sí, sino de fenómenos políticos cuantificables que hicieron parte de los procesos conducentes a "La Violencia". A diferencia de ciertos investigadores formados en Estados Unidos durante los años 60 en una escuela positivista ingenua, Oquist otorga al recurso de cuantificación el lugar adecuado y prudente que le corresponde dentro de la jerarquía de actos epistémicos de la investigación. El no cae en la mistificación de creer que la medición sea el criterio de validez cognitiva, y advierte que los cuadros estadísticos y las inferencias sugieren pistas y direcciones, mas que la explicación se construye traspasando las fronteras de la medición.³

Para concluir mi reseña sobre la irrupción de Oquist en la investigación sobre la violencia, valga la pena agregar cómo especialmente

³ Sobre la apropiación hecha por Oquist de ciertas estadísticas más problemáticas que otras (como las de la Policía Nacional en el caso de los muertos por violencia en los distintos bandos de la contienda), ya en anterior ocasión cuestioné su credulidad, la falta de que mediara un cuestionamiento crítico de la fuente (Cfr. Carlos Miguel Ortiz, *Estados y Subversión en Colombia*, pg.23, nota 1).

La preocupación principal de Oquist, empero, que constituye el trasfondo de todas las modalidades de conflicto expresadas a través de las armas, es el colapso o derrumbe del Estado

dos de sus enfoques centrales son nuevamente relevados y desarrollados (obviamente con matices característicos) por los sociólogos y demás científicos sociales de los años 80: la ligazón del tema de "La Violencia" con la historia del Estado, y la especificidad de los distintos procesos regionales (vistos por Oquist dentro de su común condición del colapso del Estado).

Otros dos trabajos dignos de especial mención, publicados en los años 70, son el de Fierre Gilhodés, *Politique ex violence: La question agraire en Colombie 1958-1971* (1974), y el capítulo de Eric J. Hobsbawm dedicado a "La anatomía de la Violencia en Colombia" dentro de su libro *Rebeldes Primitivos* (versión española publicada en 1974).

No obstante su brevedad, el artículo de Hobsbawm es de los únicos trabajos que ubican el fenómeno colombiano de "La Violencia" en un contexto de relación internacional, objeto de examen junto a fenómenos de vio-

el artículo de Hobsbawm es de los únicos trabajos que ubican el fenómeno colombiano de "La Violencia" en un contexto de relación internacional

lencia y de grupos armados (*bandolerismo*) que existieron en otra época o coexisten actualmente, en otros países del mundo.

La dimensión social del *bandolerismo* es resaltada en el artículo de Hobsbawm. El tratamiento analítico de ese hecho reemplaza a los enfoques moralistas que habían sido, en el lenguaje oficial, los predominantes; de su lado los enfoques no oficiales o contestatarios tampoco se habían detenido nunca en el personaje del "bandido", que quedaba desplazado como tal de los ámbitos explicativos, donde sólo había puesto para los enfrentamientos entre las clases, o para el supuesto autoritarismo instrumental del Estado.

Gilhodés, por su parte, se propone hacer un estudio del país en los doce primeros años del régimen del "Frente Nacional", dando cuenta de la dinámica, tanto de las políticas gubernamentales como de los partidos, y detrás de uno y otro protagonista público, los intereses, estrategias y acciones de las fuerzas sociales, entendidas en cierta ortodoxia como las clases sociales. Gilhodés también forma parte de quienes centran su atención en los actores sociales, cambiantes, movedizos, antes que en las estructuras.

La envidiable información que el autor maneja, pese a ser extranjero, es ordenada bajo un claro criterio que se ve ampliamente colmado, como es el de ofrecernos un cuadro claro del conjunto de fuerzas sociales particularmente en el agro, sus pesos específicos, su

***Fajardo consagra
el género del
estudio regional y local,
avanzando expresamente
sobre la propuesta
de regionalización
de los determinantes
de La Violencia***

grado de organización, su debut en el espacio político; más de la mitad del libro está destinada a dibujar la conformación de las varias clases, fracciones, sectores, y sus expresiones sindicales o gremiales; con base en ese cuadro, entra en los últimos capítulos a encontrar un lugar social al fenómeno del bandolerismo y a las expresiones políticas disidentes de los dos viejos partidos, que emergieron en los años 60; en esto último es quizá el primero. Tratándose, en cambio, de una sociología especialmente rural como dejé dicho, me parece poco lo que el libro consagra a las guerrillas de intencionalidad "revolucionaria" que justamente en esos años se configuraron.

Proveniente de la antropología como campo de formación profesional del investigador, otro estudio importante es el de Darío Fajardo sobre La Violencia en el Tolima, conocido en 1977,⁴ más próximo del tratamiento sociológico que de la tradición antropológica imperante en ese momento en Colombia, enmarcado sí en los modos de explicación marxista prevalecientes desde los años 60.

Fajardo consagra el género del estudio regional y local, avanzando expresamente sobre la propuesta de regionalización de los determinantes de La Violencia, que Oquist había sustentado en su texto preliminar de 1975.⁵

Fajardo se propone trabajar solamente sobre tres municipios del Tolima: Chaparral, Líbano y Villarrica, no ciertamente para perderse en reconstituciones anecdóticas de alcance parroquiano, sino para examinar desde allí, como en un laboratorio social, los determinantes de los procesos del país que pasaron por aquellos tres escenarios locales. La historia regional es para Fajardo una estrategia para superar esquematismos que empezaron a hacerse frecuentes desde finales de los años 60

4 Darío Fajardo, "La violencia y las estructuras agrarias en tres municipios cafeteros del Tolima: 1935-1970", In: *El agro en el desarrollo histórico económico*, Bogotá, Ed. Punta de Lanza, 1977.

5 Me refiero al original en inglés que Fajardo leyó: "Violence, Conflict and Politics in Colombia". Al publicarse en 1978, sufrió algunas modificaciones.

***El aporte de Arocha
en el ámbito de las fuentes,
es no sólo la valoración
de la fuente oral,
que comparte con Fajardo y
Fals Borda; hay que
reconocerle además el
recurso a fuentes escritas
nada o casi nada trabajadas
hasta ese momento,
concretamente los archivos
judiciales***

Jaime Arocha en su estudio⁶ se propone relevar, frente a las explicaciones existentes, la que él llama variable ecológica.

Para ello se ha inspirado fundamentalmente en dos autores norteamericanos que, como él mismo reconoce, fueron su principal alimento intelectual durante la etapa de su formación investigativa: Stewart y Bason; el primero, a través de su libro *The theory of Cultural Change*, publicado en 1950 con base en una serie de artículos escritos progresivamente desde 1930; y el segundo, a través del libro cuya versión española se conoció en 1973 con el título de *Los pasos hacia una ecología mental*.

Una de las ventajas del tratamiento que otorga Arocha al homicidio en La Violencia es la despolitización del fenómeno, que abre ciertamente mejores posibilidades de entenderlo, y permite empezar a mirar en dirección a aquello que la Comisión de la Violencia en 1987 llamó las interrelaciones entre violencia política y otras múltiples violencias.

Lo que no se desarrolla de manera sistemática y central, precisamente en razón del

⁶ La Violencia en el Quindío. Determinantes ecológicos y económicos del homicidio en un municipio cafecultor, Bogotá, Ed. Tercer Mundo, 1979.

enfoque escogido, es La Violencia con respecto a la pregunta por la historia y la naturaleza del Estado, que fue, como dije, el legado principal de los politólogos a los estudios de violencia. De hecho cuando Arocha se acerca lateralmente a este aspecto, uno percibe ciertos desajustes de periodización entre los niveles nacional y regional.

El aporte de Arocha en el ámbito de las fuentes, es no sólo la valoración de la fuente oral, que comparte con Fajardo y Fals Borda; hay que reconocerle además el recurso a fuentes escritas nada o casi nada trabajadas hasta ese momento, concretamente los archivos judiciales; después de él, las trabajaron Gonzalo Sánchez y Carlos Miguel Ortíz.

El primer quinquenio de los años 80 políticamente está marcado por una gran intensificación del enfrentamiento armado entre Estado y guerrillas de 1980 a 1983, y por una inflexión en el tratamiento estatal del hecho guerrillero, de 1983 en adelante: por una parte, la "política de paz" del Presidente Belisario Betancur (prolongada, con acentos y ritmos distintos, en el gobierno de Virgilio Barco); por otra parte, la consolidación de la violencia "paramilitar" y sicarial y la irrupción de nuevos actores sociales en los escenarios de la violencia.

En los medios intelectuales, aunque las obras publicadas en este lustro se centran en el estudio de procesos de violencia, la violencia que investigan es todavía la de los años 1950-60. En la temática, pues, se percibe continuidad respecto a la producción de los años 70, período en el que, como expuse en las líneas precedentes, se abrió un abanico de enfoques provenientes de disciplinas distintas, principalmente ciencia política, antropología y sociología; esta última sigue alimentando la historiografía de "La Violencia" en los años 80.

Me referiré a tres obras que se inscriben dentro de este marco de referencia y que, en orden de aparición, son: *Bandoleros, Gamonales y Campesinos*, de Gonzalo Sánchez y Donny Meertens (1982); *Estado y Subversión*

en Colombia, de Carlos Miguel Ortiz (1985); y *Orden y Violencia: Colombia 1930-1954* de Daniel Pécaut (1987).

El Trabajo de Gonzalo Sánchez y Donny Meertens parte manifiestamente de la discusión sobre el fenómeno del *bandolerismo* adelantada por investigadores de la comunidad científica internacional, especialmente en relación con el hecho en Italia, España y Brasil. En este debate que podría llamarse el "estado de las ciencias sociales" sobre el fenómeno universal del bandolerismo y del bandidismo, Sánchez-Meertens revelan una magnífica y actualizada información que les posibilita "desparroquializar" el estudio de uno de los fenómenos cruciales en La Violencia de los años 50: la asociación armada a la que se llamó en la propia época *bandolerismo*, utilizando un denominador que no ha sido de uso exclusivo colombiano.

Entre las diversas formas de aproximación conceptual evaluadas (Capítulo I), Sánchez-Meertens acogen el planteamiento y la tipología de Hobsbawm, relativos al *bandolero social*.

Para entender mejor la especificidad colombiana, los autores se proponen ir más allá del tipo *bandolero social* de Hobsbawm, introduciendo otras dos categorías que, junto a la

***Inspirados en Hobsbawm,
Sánchez-Meertens logran
penetrar de manera creativa
en los rasgos de organización,
relaciones de poder,
dimensiones míticas,
funcionalidad social y
ambivalencia frente a los
"órdenes" vigentes, de los
grupos armados liberales y
conservadores***

clásica categoría de Hobsbawm que les sirve de punto de partida, hacen derivar de la periodización que construyen sobre el fenómeno *bandoleril*: hasta el Frente Nacional prima el *bandolero social*; pero después del Frente Nacional, el *bandolero político*, bastante ligado a las redes caciquiles, a veces utilizado en contra de líderes y movimientos autónomos del campesinado; en áreas de mayor movimiento mercantil, como el occidente del Quindío y el norte del Valle, se habría dado el *bandolerismo tardío*, descomposición del bandolerismo que posibilitó la primacía de los móviles inmediatos de lucro económico.

Inspirados en Hobsbawm, Sánchez-Meertens logran penetrar de manera creativa en los rasgos de organización, relaciones de poder, dimensiones míticas, funcionalidad social y ambivalencia frente a los "órdenes" vigentes, de los grupos armados liberales y conservadores, en su interior y con referencia a las comunidades campesinas circundantes y a los poderes locales. Los enunciados que apuntan a la relación con el Estado, en cambio en el momento en que Sánchez escribe con Donny Meertens su obra, nos rememoran todavía las visiones unilineales de los años anteriores, que suponen siempre un Estado centralizado, omnipresente, reducido a su función de aparato represivo, instrumento invariable y en una única dirección de la "clase dominante" (término este que, así empleado, como categoría a priori de exigencia exclusivamente teórica, resulta globalizador al extremo, y dificulta entender las especificidades sociales y los esguinces, desplazamientos y heterogeneidad de los poderes).

Afortunadamente estas secuelas de los modos de explicación imperantes en las dos décadas anteriores, no afectan los puntos nodales del itinerario interpretativo de la obra ni el conjunto de su armazón; sigue siendo una de las mejores elaboraciones sociológicas de los procesos bandoleriles, particularmente dentro de la región de cobertura del estudio, a saber el área limítrofe' de Tolima, Antiguo

Caldas y Norte del Valle: la misma área, más o menos, sobre la que trabajaron independientemente y con enfoques diversos, Jaime Arocha y Carlos Miguel Ortíz.

Como lo hacen también estos dos autores, el libro de Sánchez-Meertens explora, más allá de los archivos convencionales, la fuente oral y fuentes escritas que eran inéditas antes de estos cuatro autores, como los ya referidos expedientes judiciales o las publicaciones del Ejército y de la Policía. La fluidez con la cual Sánchez-Meertens dejan correr el testimonio de los protagonistas o de los campesinos implicados con ellos, ya como auxiliares, adherentes, prosélitos o víctimas, confiere a este trabajo un particular interés.

En lo que atañe a los libros de Daniel Pécaut y Carlos Miguel Ortíz, ambos se inscriben en los enfoques que relacionan el problema de "La Violencia" con las preguntas sobre la historia y la especificidad del Estado colombiano; desde el punto de vista metodológico, ambos pertenecen a los enfoques que aquí he llamado "pluridimensionales" o pluridireccionales.⁷

La obra de Daniel Pécaut, *Orden y Violencia en Colombia*, es sin lugar a dudas la más vasta empresa lograda hasta el momento, de construir una síntesis interpretativa de toda la historia del Estado, más aún de toda la historia política, durante algo más de cien años (de 1850-1954).

La pregunta que preocupó a los politólogos americanos citados antes, desde los primeros -atados aún a gobiernos en marcha- hasta Oquist que, trascendiendo ataduras inmediatas, significa un jalón crítico y analítico importante, es otra vez formulada por Pécaut: él; además demuestra muy buen conocimiento de esta vertiente de la ciencia política y hace oportunas referencias a dicha literatura. Pero con Pécaut el razonamiento se abre a los confines más amplios de la sociología. En él se recoge la tradición de pensamiento sociológico

co sobre la guerra, Karl Schmidt y Karl Von Clausewitz entre otros.

Una aguda conceptualización alrededor de interrogantes fundamentales, como el de los diferentes actores sociales, el tejido social que sus relaciones componen incesantemente, la inserción de lo social en lo político, nos pone en presencia de una gran reflexión sociológica, que recubre todo el ámbito de lo político (es ciencia política) y mucho más.

Pécaut propone apoyarse en Colombia como "caso" (ver el título del original francés)

***La obra de Daniel Pécaut,
Orden y Violencia en
Colombia, es sin lugar
a dudas la más vasta
empresa lograda hasta el
momento, de construir
una síntesis interpretativa
de toda la historia del
Estado, más aún de toda la
historia política, durante algo
más de cien años
(de 1850-1954)***



⁷ Por razones obvias, no se incluye aquí un comentario a mi libro, *Estado y Subversión en Colombia*.

***Es de los primeros textos
que aborda, en toda
su magnitud, el tema
de la representación
y del imaginario político,
y en este sentido abre nuevas
posibilidades a la
investigación futura.***

para la teoría sociológica sobre el Estado latinoamericano; esta perspectiva enriquece mucho el trabajo, así sea por los frecuentes devaneos comparativos, particularmente en relación con el Estado brasileño.

La perspectiva de larga duración (siglos XIX y XX), asumida como objetivo y como estrategia, así como la habilidad para precisar en todo momento las coordenadas de tiempo y espacio de las conceptualizaciones sociológicas que el autor va hilvanando, confieren a este trabajo una particular dimensión histórico-sociológica.

Es de los primeros textos que aborda, en toda su magnitud, el tema de la representación y del imaginario político, y en este sentido abre nuevas posibilidades a la investigación futura.

II. El Punto de Inflexión: Colombia, Violencia y Democracia

La apertura parcial del régimen, impulsada por el gobierno de Betancur, el protagonismo de las organizaciones guerrilleras en la escena política, los vínculos que al abrigo de los dos hechos anteriores lograron anudar con algunos sindicatos (por ejemplo en el banano), con movimientos cívicos y campesinos locales o regionales, los incipientes controles que, desde la cúpula del gobierno accionaban con respecto al tradicional maridaje ilimitado entre comandos locales del Ejército y de la Policía y hacendados y gamonales (algunos notoriamente anticomunistas y "derechistas" autori-

tarios e intolerantes), fueron condicionados para que creciera, bajo auspicio del Ejército, el número de los grupos de particulares armados en presunta defensa del régimen y de sus canchales regionales.

El ingrediente internacional también se hizo presente, pues la política y la estrategia contra-guerrillera de la Junta Interamericana de Defensa (con centro en Washington), había formalmente estimulado la creación de esta suerte de grupos a escala continental, e incluso a algunos de ellos los llamaba textualmente "grupos paramilitares" (a los otros los llamaba "fuerzas irregulares").

Todo empieza por la necesidad comunal de autodefensas armadas cuando y donde las guerrillas pasaron de la "vacuna" de grandes hacendados a sobrecargas de tributos e incluso a amenazar a los pequeños y medianos campesinos; pronto los fomentadores del Ejército hacen que la autodefensa se inscriba en la hipótesis de guerra Este-Oeste y que así traspase los límites veredales de la defensa funcional, convirtiéndose entonces en verdaderos paramilitares, que ya en tiempo del Ministro de Gobierno Gaviria, sumaban ciento cuarenta.

Había, pues, en el escenario de la violencia un nuevo personaje, distinto a los dos conocidos de siempre, guerrillas y Estado-Ejército; como suele suceder, un dato nuevo que nos toma de sorpresa es leído con los esquemas de los cuales disponemos en el momento. Así, hubo dos posturas opuestas sobre el fenómeno, aunque las dos lo asimilaban al viejo diferendo bipolar: a) en varios sectores de peso económico (tanto tradicional como de nuevos ricos), los recientes grupos armados se vieron como "violencia buena", y necesaria ante la insuficiencia del Ejército y las cortapisas que lo maniataban a causa de la política de paz de Betancur. Era una opción más bien de hecho discreta y rodeada de tabú, ya que se consideraba provocador frente al Ejército "decir" la existencia de grupos paramilitares. b) En nuestros medios universitarios, queríamos rasgar

ese tabú, denunciar tales grupos, pero esta información también la leíamos en el viejo esquema guerrillas/Ejército-Estado, en una lógica binaria: los paramilitares hacen parte de la violencia "mala", son los de la "derecha" (la violencia buena obviamente es la que pertenece a la izquierda), y como tales -dentro del esquema binario-, hacen parte orgánica del Estado-Ejército, forman parte de un plan del Presidente Betancur primero, Barco después.

Hacia 1986 empieza a generalizarse otra modalidad de autoría de homicidios de selectividad política, la del victimario ocasional y pagado, modalidad parecida a la de los "pájaros" de los años 50, -mejor aún a los "paviadores"-; es la figura bautizada con el término de sicario, en los dos últimos años conocida mejor en el cuadro de organizaciones más amplias, las *bandas* sicariales.

Con precedentes inmediatos posiblemente en el "Pistoloco" utilizado en las vendettas de comerciantes de cocaína y de otros comerciantes irregulares, a partir sobre todo de 1975, empiezan a conocerse como mano de obra para objetivos políticos más abundantemente desde 1986.

En un principio, condicionados por la lógica binaria, no diferenciábamos claramente entre sicarios y paramilitares; así mezclados, los explicábamos (si cabe utilizar este verbo), como parte del Estado "represivo", "autoritario", bajo el supuesto clásico de que el Estado, por el simple hecho de llamarse tal, detenta el monopolio de la violencia.

Esta es la situación en la cual se elabora y escribe el diagnóstico de la Comisión de la Violencia, entre marzo y mayo de 1987.

El texto resulta siendo un texto de transición, que dice cosas nuevas, que a veces adelanta tendencias de fenómenos, pero que todavía tiene deudas con las lecturas anteriores de hechos nuevos que han ido apareciendo y evolucionando precipitadamente: obra si se quiere excepcional, pese a sus ataduras, para un medio intelectual que no se ha caracterizado propiamente por dar respuestas rápidas a las exi-

***El texto resulta siendo
un texto de transición,
que dice cosas nuevas,
que a veces adelanta
tendencias de fenómenos,
pero que todavía tiene
deudas con las lecturas
anteriores de hechos nuevos
que han ido apareciendo
y evolucionando
precipitadamente***

gencias de análisis coyuntural.

Como obra de transición, el diagnóstico *Colombia, Violencia y Democracia:*

1. Rompe el discurso dominante hasta entonces, tanto el discurso oficial como el discurso alternativo, que sobredimensionaban la

violencia política. Y sin embargo, el Informe en la práctica se sigue centrando en la violencia del enfrentamiento Estado-guerrillas muchísimo más que en otras expresiones; la mayor parte de las páginas se le consagran; se destinan sólo unos capítulos al "crimen organizado" (que en la modalidad de narcotráfico sería poco después actor, o por lo menos provocador, de una escalada vertiginosa de violencia urbana), y casi nada a la violencia "ordinaria" (riñas, violencia de cantina..).

2. Frente a los enfoques unilineales, predominantes en la explicación de la violencia, sienta los principios de polimorfismo, multidireccionalidad, multicausalidad, de la violencia. Desde entonces se empieza a hablar de las violencias, en plural. Sin embargo, no entra a desarrollar temáticamente las

⁸ La violencia resultaba, así, para unos y otros, el producto exclusivo de unas maquinarias infernales: el Estado represivo para los unos, el complot comunista internacional de los subversivos, para los otros.

distintas formas de violencia, en parte porque no pretende ser un libro explicativo, porque en el momento no existen disponibles en el medio investigaciones de esa índole que sirvieran de base al diagnóstico y porque la atención se sigue centrando aún en la violencia de arriba hacia abajo y en su contrarrespuesta.

3. Se anuncia, una de las primeras veces, el tópico de la cultura en la violencia, los elementos culturales que provocan o que alimentan la violencia. Sin embargo no alcanzan a definirse con precisión sus elementos componentes, ni su historización y su regionalización en las distintas zonas de violencia. Lo que se presta para las discusiones posteriores, bastante globalizantes y un tanto metafísicas de lado y lado, entre los que defienden y los que rechazan el concepto de *cultura de la violencia*.

4. Rompiendo el tabú, se develan formas recientes y graves de violencia como el *paramilitarismo* (que días después se seguía negando en boca del Ministro de Justicia Arias Carrizosa) y cuya primera declaración oficial de reconocimiento habría de esperar varios meses, hasta la aludida declaración del Ministro Gaviria.

No obstante, no se alcanza a escudriñar el juego completo de actores sociales en movimiento detrás del fenómeno paramilitar, los intereses de nuevos grupos como el narcotráfico; dando lugar, aunque no por su propio discurso, a que se siga ventilando la tesis reduccionista de que los grupos paramilita-

res se podían definir como agentes de un plan de gobierno.

5. Se delinea la forma de violencia sicarial, se la diferencia del paramilitarismo (lo que comúnmente solía confundirse). Pero no alcanza a escrutar su proceso social de conformación ni la complejidad de sus redes, de su mecánica y de sus nexos con las comunidades barriales y con las organizaciones empresariales del delito. No predice con suficiente énfasis la dimensión que adquiriría en los años inmediatamente siguientes.

6. Sobre el nuevo actor del narcotráfico, se apunta a algunos elementos en el capítulo de "Crimen Organizado". Pero no alcanza a avizorarse como el fenómeno que en tan corto lapso de tiempo ya estaba trastocando toda la composición de tejido de grupos sociales y relaciones de ellos entre sí y con el Estado, ni a columbrarse el protagonismo que, en la violencia urbana, cobraría su relación con el fenómeno sicarial y sus perspectivas de narcoterrorismo.

III. Los Estudios de Violencia de 1987 a 1990

Después del libro de la Comisión, la producción bibliográfica de los últimos tres años sigue siendo más numerosa en el tema de la violencia política: los artículos contenidos en la Revista *Análisis Político*, a cargo de los investigadores del recientemente creado Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales de la Universidad Nacional, son sin duda los más elaborados, en el intento de explicar globalmente este género de violencia, partiendo de sus actores más clásicos (las guerrillas, los campesinos colonizadores, el Ejército); las publicaciones del CINEP, y en particular la interesante separata que, con el diario *El Espectador* circula cada tres meses, proporcionan un valioso y actualizado material informativo; el Instituto de Estudios Políticos de la Universidad de los Andes se ha dedicado con mucha seriedad a explorar, en sus artícu-

*Después del libro de la
Comisión, la producción
bibliográfica de los
últimos tres años sigue
siendo más numerosa
en el tema de la violencia
política*



los, los factores internacionales del problema; y los interesantes Coloquios bienales organizados por el Departamento de Sociología de la Universidad del Valle que, aunque no se agotan en el tema de la violencia, en él nos han permitido conocer trabajos verdaderamente innovadores como los de Alvaro Camacho y Alvaro Guzmán.

Más allá de los artículos, los libros aparecidos en los últimos tres años sobre la violencia política del momento son, en cambio, escasos; sobresalen el de Carlos Medina Gallejo, primero que aborda sistemáticamente el fenómeno, por sus dimensiones relativamente nuevo, del "paramilitarismo" y la injerencia en él del narcotráfico; y, en un género muy diferente, entre el periodismo y la literatura, el de Alfredo Molano *Agua Arriba*, que indaga, como sus libros anteriores, la relación entre la violencia política y la colonización, en este caso en el territorio, muy poco estudiado, del Vichada.

Pese al llamado hecho en 1987 por la Comisión de Estudios de la Violencia, a medida que nos alejamos de la violencia política, la producción disminuye: solamente un libro (de

muy buena calidad, por lo demás) sobre violencia urbana, en un enfoque sociológico de conjunto: el de Alvaro Camacho y Alvaro Guzmán, *Colombia, Ciudad y Violencia*; un magnífico libro de testimonios bien articulados en la metodología de la entrevista, sobre el sicariato en Medellín: el de Alonso Salazar, *No nacimos pa' semilla*; y algunos interesantes artículos que nos van entregando paulatinamente resultados de las reflexiones sobre la violencia en Medellín, adelantadas, por tres grupos locales diferentes: el de la Corporación "Región" (a la que pertenece también Alonso Salazar), la cual desarrolla algunas investigaciones mancomunadamente con el CINEP; y dos grupos de la Universidad de Antioquia: "Estudios Regionales" y "Estudios de Opinión". Entre estos artículos, se destacan particularmente los de María Teresa Uribe, Hernán Henao, Jaime Ruiz y Héctor De los Ríos. Cabe registrar también aquí los artículos que, desde el periodismo, se han publicado sobre bandas juveniles y especialmente bandas de sicarios de Medellín; algunos de ellos, como los de Silvia Dusán, son buena muestra de periodismo investigativo.

Acerca de las relaciones entre violencia y economía, existe una serie de artículos. La mayoría se circunscriben al narcotráfico, visto como actividad económica (ilegal, clandestina) que compite y se entrelaza con otras, produciendo determinados efectos en la armazón global de la economía. No se ha trabajado, en cambio, por ejemplo sobre costos económicos de la violencia urbana de tipo terrorista (de procedencia directa del narcotráfico o no), relacionada con el enfrentamiento de los capos y el Estado durante los dos últimos años; ni sobre los negocios particulares que se han lucrado, intencionalmente o no, de esa violencia.

Sobre los efectos económicos de la violencia política clásica (guerrilla-Ejército-paramilitares), apenas existe un trabajo, el de Hernando Gómez Buendía, Libardo Sarmiento y Carlos Moreno, realizado para la Misión del

Banco Mundial y aún inédito; es un trabajo todavía introductorio, ya que, por limitaciones de fuentes, tiene que ordenar cifras y establecer inferencias sobre la base de datos agregados por departamentos; en departamentos tan heterogéneos en topografía, poblamiento, rasgos económicos y sociales, en grados y formas de violencia, como Antioquia, Santander o Boyacá, las inferencias estadísticas no podrían

Campos de la violencia como el de las relaciones privadas interpersonales (riñas de cantina, ajustes de cuentas, vendettas, delitos pasionales), el de la violencia intrafamiliar, continúan tan desprotegidos por la investigación como cuando llamó la atención sobre ello la Comisión de la Violencia

obtenerse más que tratando los datos por municipios, o cuando más, por conglomerados municipales subregionales.

Campos de la violencia como el de las relaciones privadas interpersonales (riñas de cantina, ajustes de cuentas, vendettas, delitos pasionales), el de la violencia intrafamiliar, continúan tan desprotegidos por la investigación como cuando llamó la atención sobre ello la Comisión de la Violencia.

La tematización explícita de las interrelaciones de las formas polivalentes de violencia (incluyendo la política), su eventual articulación, es un frente investigativo todavía prácticamente inexistente.

Diferenciar las dimensiones múltiples de la violencia y reconocerles a todas ellas su valor específico sin tener que reducirlas a la matriz de lo político (Estado vs. oposición

armada, insurrección vs. Estado) o de lo político-social (clase dominante vs. clase dominada y viceversa), es algo que hemos aprendido sólo en los últimos años.

Ya sabemos diferenciar. Ahora toca preguntarnos cómo se articula esa multiplicidad, sobre la base -insisto- de la diferencia.

a- La Investigación sobre Violencia Política

En esta línea clásica de investigación, he dicho que sobresalen el libro de Carlos Medina, *Autodefensas, Paramilitares y Narcotráfico en Colombia*, los artículos de la Revista *Análisis Político* y, apartándose más de lo convencional para insinuar, a través del relato, la interpenetración de lo político y la violencias "banales", el libro de Alfredo Molano sobre Colonización del Vichada.

Los enfoques de *Análisis Político* van desde los cuestionamientos acerca de la naturaleza y la lógica de las guerras en Colombia como vía de imposición de un proyecto político, pasando por el asunto de la negociabilidad o no de las distintas violencias, hasta las aproximaciones que buscan definir actores, escenarios, formas de acción, en el juego político y particularmente en lo político que se ha tornado violento.

Los tres artículos que Eduardo Pizarro escribe en la revista sobre el Ejército,⁹ constituyen, aunque parezca extraño, unas de las primeras veces que alguien emprende la tarea de investigar la historia de las Fuerzas Armadas. Es un trabajo de historia de las instituciones, materia cuyo desarrollo en Colombia es una necesidad, no ya tan solo en cuanto concierne a las entidades armadas, Ejército, Policía, sino a otras como la Justicia o la Iglesia.

En los artículos de Pizarro se historizan, tanto el Ejército como su enemigo, la guerrilla. En ambos casos, el enfoque privilegia las dimensiones institucionales de los dos actores;

⁹ *Análisis Político*, Nos. 1,2 y 3: "La profesionalización militar en Colombia", I-II-III.

por eso se pone especial interés en elementos como capacidad militar, estrategia de acción, costos directos e indirectos de la confrontación, etc. Por eso también el enfoque es globalmente nacional, quedando a otros investigadores la tarea de responder por los tejemanajes locales, por las especificidades regionales de los departamentos, sobre todo por la cotidianidad de la interacción de los guerreros de ambos bandos con las poblaciones de sus zonas controladas o disputadas (los trabajos de Alfredo Molano, por ejemplo, nos ponen en contacto con estos otros ambientes).

Los artículos de Alejandro Reyes, por su parte,¹⁰ en su pregunta por las relaciones convergentes o divergentes entre guerrilla y problema agrario, y entre movimiento guerrillero y movimiento campesino, introduce la variable geográfica; muy acertadamente logra combinarla con su búsqueda de los elementos diferenciadores en procesos de cinco, diez o veinte años, que marcan una periodización inicial del fenómeno guerrillero, como marco para posteriores análisis.

Esa combinación espacio-temporal lo lleva, en su artículo escrito con Ana María Bejarano,¹¹ a la utilización del recurso cartográfico -no muy favorecido por los sociólogos-, como nervadura de su texto. Qué interesante sería contar también con mapas que nos ilustren sobre la expansión de los grupos paramilitares y de autodefensa, y su relación o no, según regiones, con la expansión de la inversión en tierras por parte de los capitales del narcotráfico.

Autodefensas, Paramilitares y Narcotráfico en Colombia:

Precisamente el libro de Carlos Medina,¹² es el primero en tratar sistemáticamente,

10 *Análisis Político*, No. 2: "La violencia y el problema agrario en Colombia".

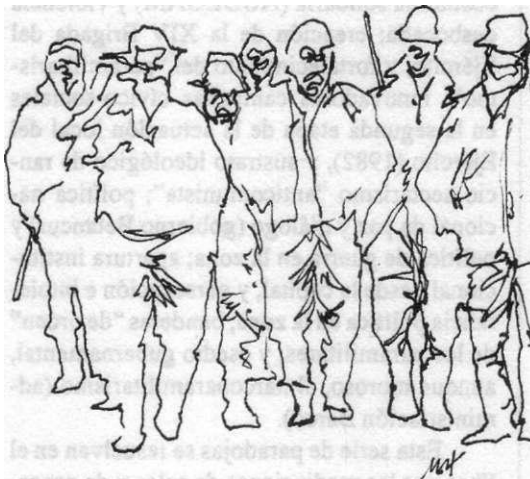
11 *Análisis Político*, No. 5: "Conflictos agrarios y luchas armadas en la Colombia contemporánea: una visión geográfica".

12 Carlos Medina es estudiante del Magister de Historia de la Universidad Nacional, en Bogotá.

como lo indica su título, el fenómeno del *paramilitarismo* y su relación con el narcotráfico.

Partícipe de la estrategia de los estudios regionales y locales como vía hacia entender los grandes problemas del país, Medina sigue en esto el camino de Jaime Arocha, Darío Fajardo, Gonzalo Sánchez, Carlos Miguel Ortíz.

Escoge el municipio de Puerto Boyacá, epicentro -como bien lo sustenta- del enfrentamiento armado entre guerrillas-militares-paramilitares en el Magdalena Medio: los tres principales protagonistas en la modalidad de violencia política que no sólo esa región sino gran parte del país ha vivido en la última década.



Detrás de estos protagonistas, entidades políticas armadas, Medina busca los actores sociales que, en su correlación de fuerzas de movimiento continuo (desplazamientos, interrupciones, recomposiciones), han ido construyendo la escena política -dramáticamente, es cierto, pues lo político se fue tornando enteramente violento-; detrás de los guerreros y de los mercenarios danzan, pues, ganaderos, agri-

cultores, campesinos, narcotraficantes, políticos y funcionarios.

No obstante tomar como objeto la violencia política del momento actual, tema trajinado por políticos, militantes, comunicadores, académicos -de manera obviamente muy desigual-, el trabajo de Medina tiene características propias y calidades que lo distinguen dentro del conjunto de publicaciones.

En primer lugar, el texto hila menudo atando cabos que permiten mostrar relaciones normalmente ocultas, convergencias entre lo que a primera vista no es fácilmente acoplable: colonización y Guerra Fría Internacional; inversión extranjera inicial en petróleo y expansión territorial (reciente) del narcotráfico; arraigo popular de la guerrilla -con representación electoral mayoritaria en los organismos municipales- y posterior apoyo, con los mismos rasgos, a los "grupos paramilitares"; economía solidaria (AGDEGAM) y violencia desbocada; creación de la XIV Brigada del Ejército, y fortalecimiento del "paramilitarismo"; innovadoras campañas cívico-sociales en la segunda etapa de la actuación local del Ejército (1982), y sustrato ideológico de rancio sectarismo "anticomunista"; política nacional de paz y diálogo (gobierno Betancur) y política de guerra en la zona; apertura institucional desde la capital, y persecución e intolerancia política en la zona; banderas "de orden" de los paramilitares, y asedio gubernamental, aunque moroso, al narcoparamilitarismo (administración Barco).

Esta serie de paradojas se resuelven en el libro por las mediaciones de roles y de procesos que se instauran entre los polos aparentemente antitéticos.

El lector va siguiendo esos caminos a través de una exposición ágil en forma de relato, cuidadosamente sustentada y en general sin disquisiciones de jerga, que resulta siéndole de vivo interés a pesar de las dificultades acarreadas por el desafortunado manejo de la puntuación en la redacción del texto, que indudablemente resta valor al libro.

***El propósito de Medina,
a diferencia de otros
tratamientos del mismo
problema, es inscribir el
fenómeno inmediato de la
explosión de violencias vivida
en Puerto Boy acá, dentro de
un tejido de procesos de
mediana y larga duración,
para entenderlo mejor***

El propósito de Medina, a diferencia de otros tratamientos del mismo problema, es inscribir el fenómeno inmediato de la explosión de violencias vivida en Puerto Boyacá, dentro de un tejido de procesos de mediana y larga duración, para entenderlo mejor.

Para acceder a la violencia política de los 80, el autor se remonta hasta la titulación de predios del Territorio Vásquez en el lejano siglo XIX y los conflictivos límites movedizos entre las jurisdicciones de Cundinamarca y Boyacá, que la han circunscrito; en el mediano plazo, aborda la presencia de la "Texas Petroleum Company" en la zona y los flujos de colonización que ella atrajo particularmente desde 1950; y así llega a la vertebración de la época que, en su osatura política y en la definición de sus protagonistas, contiene la realidad de la violencia, objeto final de estudio de Medina.

Tal época, la de violencia contemporánea, es delimitada a partir del arribo de las FARC a la zona (hacia 1965). En su interior, Medina busca precisar los puntos de inflexión en las relaciones de guerrilla con la población circundante, en la estrategia del Ejército frente a las guerrillas y la población civil, en las afinidades de los políticos comarcales hacia los grupos armados, en la actitud del gobierno central frente a los paramilitares.

Al empezar por la colonización, la remota y la reciente, para llegar a la violencia política, Medina avanza en dos sentidos que me parecen decisivos para entender la violencia actual, urbana o rural, en el Magdalena Medio o en cualquier zona del país; se trata de, por una parte inscribir el hecho inmediato en los procesos de larga duración, y poner en "epojé", en suspenso metódico por un momento, la sobre-determinación política omnipresente: así para volver a lo político o, mejor, a lo violento político, pero ya pasado por la criba de la desmistificación.

Los dos sentidos de la orientación que acabo de describir, los llamo, en conjunto, perspectiva histórica. Ahora bien, es la perspectiva histórica, a mi juicio, lo que permite a Medina ser el primer investigador de la violencia en plantear el apoyo popular a grupos armados anticomunistas que, antes de su libro, unos silenciaban -los cómplices- y otros reducían a grupos aislados carentes de apoyo de las poblaciones mayoritarias, sostenidos sola-

***es la perspectiva histórica,
a mi juicio, lo que permite a
Medina ser el primer
investigador de la violencia
en plantear el apoyo popular
a grupos armados
anticomunistas que,
antes de su libro, unos
silenciaban -los cómplices-
y otros reducían a grupos
aislados carentes de apoyo de
las poblaciones mayoritarias,
sostenidos solamente por
terratenientes o por la
etéreamente llamada "clase
dominante"***

mente por terratenientes o por la etéreamente llamada "clase dominante".

Es la perspectiva histórica también aquella que le permite a Medina entender dos fases distintas de la relación de la guerrilla con los campesinos y demás sectores populares, más allá de las consabidas clasificaciones binarias dentro de las cuales la guerrilla es a priori salvadora o destructora: efectivamente, dice Medina, hubo un tiempo en que campesinos e incluso hacendados y políticos comarcales saludaban a los guerrilleros como cuidadores de los bienes y garantes del orden local; mas, por efecto de los cambios internos en las políticas de financiación de los insurgentes, posiblemente por efecto de los cambios estratégicos de su organización a nivel nacional, por la acometida del Ejército que también alteró el binomio pueblo/guerrilla, hubo un punto de inflexión (no está muy claro si 1982 o 1984) en el cual localizar el fin de una etapa y el comienzo de otra, en la aceptación de la guerra en Puerto Boyacá.

Es cierto que la flexibilidad con la cual Medina deja traslucir matices diferentes que van cambiando en los procesos, choca con las frases totalizadoras y rígidas de la introducción, con los grandes sujetos allí magnificados, como la todopoderosa y prácticamente indiferenciada *clase(s) dominante(s)*, cuyos fines y objetivos -dice en la introducción- no se diferenciarían en forma substancial de los de los paramilitares (p.15). Pero esto es propio de un trabajo que busca abrirse y abrir paso, debiendo aún saldar cuentas con formas explicativas y expositivas anteriores impregnadas de determinismo y mistificación que calaron muy hondo.

b. Los Estudios Pluridimensionales Sobre "las Violencias"

Desde que el Informe de la Comisión de la Violencia hizo en 1987 el llamado a reconocer la multivalencia y multidireccionalidad de la violencia, poco se ha avanzado en la nueva perspectiva.

Aparte los trabajos de testimonio oral y de elaboración literaria, como los excelentes de Alonso Salazar y de Alfredo Molano, en los cuales se ofrecen multitud de elementos que el género de escritura les posibilita registrar, ya en el campo de los estudios propiamente "disciplinarios" o sistemáticos, el único que hasta el momento concreta de modo práctico la nueva óptica pluridimensional, es el de Alvaro Camacho y Alvaro Guzmán, *Colombia, Ciudad y Violencia*. Otros autores reconocen la validez del nuevo enfoque, se declaran partidarios, pero en la práctica continúan exaltando una sola de las modalidades de violencia, la violencia política, y otorgando a las otras tratamiento de segunda clase.

Colombia Ciudad y Violencia

El libro de Camacho y Guzmán es el primero que, dividiendo la violencia en tres grandes *campos*, reconoce la *violencia política* como apenas uno de ellos (los otros son el *campo económico* de conflicto y el *campo social*) y le destina solamente 12.7% del número total de sus páginas. No por casualidad sus dos autores fueron integrantes de la mencionada Comisión y, sin duda, los impulsores de la tesis de la pluralidad de la violencia, que la Comisión unánimemente hizo suya.

Dado el peso de los modelos imperantes, no es fácil situarse en el ángulo visual que la Comisión propone; Camacho y Guzmán lo

Camacho y Guzmán se inscribirían en una corriente de explicación que se caracteriza por rechazar el determinismo unilineal y profesar una concepción abierta, plural de los procesos sociales, donde inclusive cabe el azar

han logrado. Para ello han debido asumir ciertas rupturas en su discurso:

a) Una concepción pluridimensional del mundo, mejor aún de la realidad social, en contraste con las visiones unidimensionales que han sido más abundantes. En otras palabras, renunciar a ver los hechos sociales, y en este caso los hechos violentos, como movidos por una fuerza, causa o fin únicos: la lucha de clases (en una sola dirección), del Estado, el capitalismo internacional, el salvajismo del pueblo o la ignorancia, para los otros.

En este sentido, Camacho y Guzmán se inscribirían en una corriente de explicación que, ya perceptible entre quienes estudiaron La Violencia de los años 50, Oquist, Pécaut, Ortíz, entre otros, se caracteriza por rechazar el determinismo unilineal y profesar una concepción abierta, plural de los procesos sociales, donde inclusive cabe el azar.

b) Una concepción pluridimensional no es compatible con los supuestos de compacidad, necesidad, universalidad, de los estructuralismos. Camacho y Guzmán declaran abiertamente su distanciamiento de los estructuralismos, incluyendo el marxista (ps. 25 y 89). Sin embargo no se atreven a saldar cuentas totalmente con el concepto de *estructura*; plantean, sí, de manera imaginativa la mediación del concepto de *escenario* entre la *acción social* y la *estructura* (ps.29-30;88). No creo que -como ellos dicen- "los actores sin estructuras [sean] puras fantasías del historicismo" (p.26).

Proponen, en vez de las *estructuras*, la noción de *campos de conflictos*. Cuando clasifican, empero, los tres grandes grupos de conflictos que se expresan en formas violentas, recaen en la triple división convencional de las *estructuras* clásicas: económica, política y social.¹³

¹³ Podría irse más allá en la noción de *campo* y en la distinción de los campos, la propia lectura de Camacho y Guzmán me hace pensar en otra nomenclatura; yo hablaría, por ejemplo de campos de *producción social*, generadores de procesos de diferenciación que conducirían a identidades, a conflictos y a resolución de

c) No bastan, para adoptar la mirada de la pluralidad de la violencia, los distanciamientos de naturaleza gnoseológica a los que acabo de aludir. Existe otro inconveniente que también gravita sobre las disciplinas sociales y sobre el "sentido común" de la opinión callejera (moldeada con notoria influencia de los medios públicos de comunicación); consiste en que suele dársele mucho más peso a la violencia del ámbito de lo público, dentro del cual se encuentra la violencia política, se requiere, pues, un ojo avizor para percibir este sesgo, para diferenciar claramente, como han hecho Camacho y Guzmán, el ámbito de lo público y el ámbito de lo privado, y -como también ellos han hecho- rastrear la violencia en los dos ámbitos.

En el desplazamiento de mirada de lo público a la trivialidad de lo privado, adquiere un valor estratégico el dato serial y el recurso técnico de la estadística, que los autores han manejado con pleno aprovechamiento de sus posibilidades. Es entonces cuando uno percibe cómo un saber, aparentemente indiferente o neutro (la estadística), puede convertirse en arma de desmitificación de lugares comunes y de democratización de contenidos enunciativos: desmitificación, porque se quiebra el mito de que la violencia política es la única importante, y democratización porque se dirige la vista a otras víctimas y a otros victimarios de todos los días que no han merecido, por su insignificancia en el ámbito público, reconocimiento en los medios audiovisuales ni en los libros de los científicos sociales.

Camacho y Guzmán toman series de datos en el período relativamente breve de siete años que va de 1980 a 1986; utilizan estas pequeñas series temporales para establecer

conflictos. Los campos de producción social se delimitarían, no ya por las variables convencionales que conforman las tres consabidas estructuras, sino por la especificidad de los productos que son el resultado de la acción o praxis social, así: campo de producción de mercancías, campo de producción de significaciones, campo de producción de orden, campo de producción de lenguajes, y muchos más, que adicionalmente se combinarían entre sí.

comparaciones, de los años entre sí y, en un mismo año, de los diferentes "tipos" -aquí pensados como "escenarios"- de acciones violentas. Ese diseño de orden comparativo más que diacrónico, constituye la osatura de la argumentación.

***En el desplazamiento
de mirada de lo público
a la trivialidad
de lo privado, adquiere un
valor estratégico
el dato serial
y el recurso técnico de la
estadística***

Pero el tratamiento de lo cuantitativo en Camacho-Guzmán no agota posibilidades en sí mismo: a) saben tomar distancia de sus datos numéricos, discriminándolos según fuentes de recolección y según credibilidad de las fuentes, y detectando los vacíos y sesgos existentes en los sistemas mismos de recolección; v.gr. advierten los vacíos en la contabilidad de homicidios de "limpieza" y observan que podrían estar mezclados con los atribuidos a ajustes de cuentas, se percatan del subregistro en el bajo porcentaje de homicidios imputados al narcotráfico, b) Saben combinar la cifra con elementos cualitativos, finamente observados. Así, por ejemplo, relacionan los medios utilizados en el acto violento (golpes, armas blancas, armas de fuego) con aspectos de significación de su uso y con el móvil de los actores individuales o sociales, según los "escenarios" y los ámbitos privado o público. En este punto, sin embargo, no dejó de llamarme la atención que el único capítulo en el cual, abandonando la estadística, se libran al recuento de hechos en forma de crónica para penetrar en otros resquicios, fuese precisamente en el capítulo destinado a la violencia política. Acaso no

***La posición de los autores
con respecto al debate
generado desde el Informe de
la Comisión de 1987 en torno
a los términos cultura de la
violencia, me parece que es
ambivalente, o mejor sería
decir, bipolar***

cabe tratamiento igual en la violencia familiar, de riñas, de ajustes? Será que todavía pesa en esa disparidad de trato, la visión tradicional, según la cual el "acontecimiento" o suceso sólo se produce en la violencia política? O estaban, en los casos de las otras violencias, limitados por las fuentes disponibles?

En Camacho-Guzmán la estadística se convierte además en una estrategia de "falsación" de tesis que habían hecho camino hasta convertirse de cierta manera en clisés. La violencia como efecto de la pobreza, o de la urbanización, o de la frustración, son tesis que no resisten las confrontaciones estadísticas de Camacho-Guzmán. Son tesis, por lo demás, deudoras de concepciones sociales más globales, que quedan de paso cuestionadas por la visión pluridimensional Camacho-Guzmán: el estructuralismo del determinante económico,¹⁴ la teoría de la modernización y el esquema psicológico frustración/agresión.

Naturalmente la estadística no es todo en esas refutaciones; Camacho y Guzmán saben que ella no es más que el recurso estratégico, porque lo definitivo es la concepción puesta al mando del uso estadístico. Así, por ejemplo, frente al esquema unilineal de causalidad simple que subyace en la relación pobreza/violencia,

¹⁴ La ya citada página 89, por ejemplo, es un excelente texto de crítica a la explicación estructuralista en sociología.

¹⁵ O.c., p.8

¹⁶ Cfr. O.c., ps. 17 y 30.

¹⁷ O.c., p.26.

cia, Camacho-Guzmán introducen el concepto de intermediaciones: mediación de la *organización* en primer lugar, concepto clave para entender el "crimen organizado" (incluye división del trabajo, capital, recursos técnicos -las armas y vehículos entre ellos-), mediación de códigos, conceptualizaciones e ideologías (indispensables para explicar los grupos guerrilleros e incluso los grupos paramilitares).

Tanto en el cuestionamiento de las teorías arraigadas como en el de categorías que venían siendo utilizadas de manera ligera, la de "delincuencia común" entre ellas, Camacho-Guzmán no solamente contribuyen al esclarecimiento de problemas importantes en el ámbito intelectual, disciplinario, sino que, como lo señala acertadamente Estanislao Zuleta en su prólogo al libro, apuntan simultáneamente a una consecuencia práctica, "a saber, el tratamiento del fenómeno al que podría inducir, tanto por parte del Estado como por parte de la sociedad civil",¹⁵

La posición de los autores con respecto al debate generado desde el Informe de la Comisión de 1987 en torno a los términos *cultura de la violencia*, me parece que es ambivalente, o mejor sería decir, bipolar.

En efecto, a veces se oponen a su uso, cuando la expresión tiene ese carácter globalizador, opuesto a la especificidad de las diferencias: desde su versión más burda de contenido genetista o psicologista, hasta las elucubraciones totalizantes de la "antropología cultural". Sin embargo, en otros momentos parecen insinuarse discretamente en la obra los *elementos culturales*, llámense "elementos psicológicos" y "componentes simbólicos" de la acción violenta, por ejemplo.¹⁷ En el capítulo VII -esas excelentes páginas llenas de inquietantes sugerencias sobre la violencia del campo social y la "limpieza"-, cómo no leer entre líneas la importancia de los elementos culturales.

A mi juicio, éste es uno de los espacios cuya discusión apremia, y que deberemos de-

sarrollar en los años venideros si queremos entender la violencia, incuestionablemente nos exigirá traspasar la órbita del Estado y adentrarnos en la sociedad, virar de lo político al territorio de las palabras, las creencias, las significaciones; de la estadística a los lenguajes alfabéticos y corporales. Nos exigirá desarrollar conocimientos en disciplinas hasta ahora casi vírgenes en nuestro medio: por lo menos tendremos que construir una lógica, una sociolingüística, una genética, una psicología social de las representaciones sociales.

El reciente trabajo de compilación de testimonios, de Alonso Salazar, brinda un material riquísimo para empezar a pensar en estas dimensiones; está vertebrado alrededor del mundo "sicarial" de Medellín, mundo que casi no es tocado por Camacho-Guzmán, sin duda por las características de la violencia en Cali que son muy diferentes a las de Medellín.

No Nacimos Pa'semilla

Sólo después de seis años de estar diariamente conociendo noticias de acciones violentas ejecutadas por quienes, niños y jóvenes en su mayor parte, han sido denominados *sicarios* por su condición de profesionales a sueldo del homicidio, aparece la primera publicación que aborda ese fenómeno social, tal como se vive en Medellín,

El trabajo de Alonso Salazar no es simplemente, como a primera vista parecería, una transcripción de entrevistas testimoniales, no es sólo un magnífico material en estado bruto,

***El principio
de inteligibilidad
que subyace en el
trabajo es, no un principio
único y reductor,
sino el criterio de
diferenciación***

aunque ya el serlo hubiera justificado la edición. Su presentación, sus breves introducciones a cada uno de los títulos, y su texto final recapitulativo (llamado "La Resurrección de Desquite" en alusión a las proféticas palabras de Gonzalo Arango), adelantan una serie de finas observaciones de índole interpretativa, que colocan al autor en la intersección entre el buen periodismo y las ciencias sociales. Son observaciones, a la vez que imaginativas, poco convencionales en relación con los esquemas sociológicos entronizados, y de una gran coherencia con el material recogido: es decir, con un sólido fundamento empírico de sustentación. De ese rigor de fidelidad a las fuentes debemos aprender los científicos sociales, que aunque por oficio hemos de ir más allá de los testimonios triturándolos con las herramientas de las varias disciplinas, no podemos hacerlo más que atados a las mismas fuentes; fuentes que deben permitir, como empieza a hacerlo el libro de Alonso, oír la voz de víctimas y victimarios, autores inmediatos, interpuestos y remotos, empresarios y obreros del crimen, violentos y autoridades cómplices o enemigas.

La selección de los testimonios en sí misma, y la organización de los relatos "buscando -como dice el autor- coherencia y fluidez", sin ser infiel al estilo y lenguaje de los narradores, han sido otro acierto del trabajo y una vez más nos permiten columbrar los elementos ordenadores o interpretativos que sutilmente se filtran entre los intersticios de las narraciones.

Esas calidades le permiten a Alonso colocarse más allá del lenguaje binario usual y del usual moralismo dualista que, o bien condena fatalmente a los jóvenes sicarios como encarnaciones del mal, o bien los legitima de cierta manera como sólo víctimas de la pobreza engendrada por el capitalismo.

El principio de inteligibilidad que subyace en el trabajo es, no un principio único y reductor (llámese causa, dios, estructura, determinante en última instancia, etc.), sino el criterio de diferenciación: diferenciación de la multiplicidad de componentes y del juego de

sus combinatorias, algunas de ellas explosivas.

Los relatos testimoniales están de tal manera inducidos y luego organizados en el texto, que logran situar el hecho de la violencia sicarial en una perspectiva histórica; en los relatos esta perspectiva, que no es más que la inscripción de los actos violentos dentro de procesos de más larga duración, se cruza, como en un eje de coordenadas, con los desplazamientos geográficos de los protagonistas, que son también desplazamientos de la violencia; van con la colonización de un lugar a otro, van y vuelven del campo a la ciudad, o mejor, de las tierras de frontera al barrio de invasión, y viceversa. Se cruzan cadencias varias de generaciones, con sus recurrencias y sus recidivas, dando la impresión a veces de que la violencia, aún revestida de formas otras que la sicarial, no tuviera un origen sino un persistente vaivén.

Esto es sólo impresión, porque, al contrario de los enfoques estructurales, en la antología de testimonios armada por Alonso, se insinúa con toda su dinámica la evolución de la violencia, con sus viejos y nuevos actores, con sus etapas primero artesanales y luego empresariales, con sus zigzagueantes relaciones con las poblaciones barriales circundantes, nutriéndose de rancios valores paisas de "verraquera" "de varón", de "viveza" para el dinero, de religiosidad supersticiosa, tanto como de simbología "moderna" proveniente de los circuitos de signos del espectáculo y de la publicidad audiovisual del momento (Rambos mortíferos, sala "gozona", motos y modas).

Y estamos en pleno campo de lo cultural y las significaciones, en donde me parece que se gestarán en el futuro los aportes más definitivos para la comprensión de las violencias. El libro de Salazar abre ese camino.

El itinerario de la violencia en el cual convergen los relatos del libro, podría resumirse así:

1. Existen unos elementos culturales (valores, creencias, representaciones, principios,



Y estamos en pleno campo de lo cultural y las significaciones, en donde me parece que se gestarán en el futuro los aportes más definitivos para la comprensión de las violencias

lenguajes, lazos afectivos familiares y grupales), que -entre otros efectos- resaltan y nutren la violencia, y que son transmitidos de generación en generación y desde los colectivos a los individuos, a través de los procesos de socialización. Esos elementos culturales tienen relación con los grupos sociales de extracción económica -aunque también con otras realidades- sólo en la medida en que dichos grupos están condicionando formas de socialización diferentes.

Uno de tales elementos es el valor supremo de la guerra y el guerrero, valor por esencia masculino pero a veces atribuible a la madre del "varón" reforzando su carácter atávico -

generacional-. Una madre dice: "Es que yo he sido muy alzada, nunca me la dejo montar de nadie. Así era mi familia y así salieron mis hijos" (p.37). "La verdad es que yo para algunas cosas tengo mucha maldad(...) Eso siempre se lo he enseñado a mis hijos, que se tienen que hacer respetar. Y ellos llevan eso en la sangre, salieron igual de alzados a mí" (p.43). Un joven sicario: "-Nosotros no queremos paz, lo que queremos es guerra- les contestó Lunar, que era el antiguo comandante y soltó una ráfaga al aire [...] De ahí siguió la guerra sangrienta, ellos bajaban, nosotros subíamos, nos hacían emboscadas... Una guerra la hijeputa que dejó una cantidad de muertos de lado y lado [...] Hay que reconocer que ese man era un guerrero [...] Con la policía también guerriamos, pero con ellos la cosa es más fácil, porque suben cagados del miedo, y uno conoce su terreno" (ps.48-49).

Valores culturales como éste de la guerra, con sus afines multívocos de maldad justiciera ("Por eso me metí a la delincuencia, pero también porque me nacía, yo desde pelado he sido malo" p.25), y de "verraquera" u "hombría", "machera", * -el valor matriz-, aparecen históricamente condicionados en su forma de expresión, según las coyunturas y períodos. Así, la "verraquera" está asociada en los abuelos de estos jóvenes a la pelea liberal-conservadora de La Violencia de los 50, hoy vista como "sin-sentido" (p.38), como si la espiral actual tuviera, ella sí, sentido; en la generación siguiente, de inmigrantes a la ciudad expulsados por La Violencia, esa "verraquera" (personificada en la madre que hace también las

veces de padre) ha podido expresarse en luchas más o menos clasistas, caso de las invasiones que desafían la autoridad, si se trata de barrios de colonización reciente, como el Barrio Popular (ps.39-40). En la tercera generación, la de los jóvenes sicarios, la "verraquera" toma otros rumbos bastante diferentes, caracterizados especialmente por el cruce explosivo -como dije antes- de estos circuitos de rancieros valores con los signos provenientes de la sociedad del consumo; ya aquí no hay cabida para la expresión de tipo contestatario de la anterior generación, ni siquiera casi en los términos del Punk (el sicario no es generalmente un punkero, reitera Alonso Salazar, es más bien un gozón salsero); porque, aun desde las honduras de precariedad y marginalidad de muchos de los barrios que habitan, se levantan, absorbentes, las traumáticas fantasías de esta sociedad moderna.

Si esta axiología es exclusiva o no de la "cultura paisa", aún más, si existe una cultura paisa, no me parece la discusión primordial. No obstante, si se acepta este nivel de lenguaje, habría que responder que el valor de la "hombría", de la "verraquera", hacen parte en igual o mayor grado de la axiología de los santandereanos, región donde el sicariato juvenil no ha alcanzado en absoluto la expansión de Medellín. Pero, en cambio, quizá lo que no se halla

*En la tercera generación,
la de los jóvenes sicarios,
la "verraquera" toma otros
rumbos bastante diferentes,
caracterizados especialmente
por el cruce explosivo
de estos circuitos de rancieros
valores con los signos
provenientes de la sociedad
del consumo*

18 Los relatos del libro son muy ricos en elementos asociados a la axiología del "verraco", del "varón"; aparece, por ejemplo, la simbología de la maternidad y la virginidad, para la relación con la mujer; esto en el plano religioso, se vincula con el culto idolátrico a la Virgen-Madre, que desplaza -comenta Alonso en su libro (p. 197)- al culto central de la religión católica en la cual Jesucristo-Dios es el eje. El homosexualismo practicado cotidianamente en el patio 10 de jóvenes menores de 18 años de la cárcel Bellavista, no es incompatible con el arquetipo de hombría, en la forma como es practicado, a la fuerza, como superioridad de los muchachos veteranos sobre los novatos de la prisión (p.130).

igualmente mezclado, por lo menos en sus altas dosis, entre santandereanos o entre tolimenses, es el valor de la "verraquera" con el valor de la "viveza": he ahí la mezcla explosiva. En otras palabras, el buen paisa sería aquel que "no se la deja montar" y "sabe tumbar".

Sea esto específicamente paisa o no, estamos ante dos valores y dos motivaciones psicosociales que han impulsado muchos episodios de la vida nacional, entre ellos la gigantesca -y violenta- empresa de la colonización, hoy todavía en marcha. Aquí convergen los elementos contenidos en los relatos de Salazar sobre barrios de Medellín y los contenidos en los relatos de Alfredo Molano sobre la colonización de la lejana Orinoquia:¹⁹ lo que Jorge Orlando Meló, al prologar el cautivante libro de Molano, denomina con acierto el "capitalismo salvaje", que está metido hondo en el alma del más pobre colono como en la de los comerciantes mayoristas de oro o en la de los comerciantes citadinos compradores de coca, cadena que llega hasta las multinacionales que en la Orinoquia explotaban el caucho y el pendare.

El binomio hombría-viveza, de ningún modo puede simplificarse reduciéndolo a su dimensión socioeconómica. La búsqueda del dinero que motiva al joven sicario, bien puede dirigirse a satisfacer necesidades personales y familiares de supervivencia, como a satisfacer necesidades de gusto suntuario, en parte creadas por la sociedad de consumo y en parte exigidas por su espíritu de gozón ("No todos tienen necesidad, algunos entucan por la familia, pero otros es por mantenerse bien, con lujo": p.27). En uno y otro caso, es claro que no es irrelevante el modo de conseguir el dinero buscado; al no ser posible conseguirlo mediante el trabajo formal, podría obtenerse en actividades de la economía informal, en la reventa de objetos robados o incluso mediante hurto simple, como atinadamente lo observan

19 Alfredo Molano, *Aguas Arriba*, Bogotá, El Ancora Eds., 1990.

20 Alvaro Camacho y Alvaro Guzmán, O. c., p. 92.

Camacho-Guzmán en su estudio sobre la Violencia en Cali.

20
Pero no, más allá de lo económico, el modo de recabar el dinero deseado es tan importante como el dinero mismo: ha de ser un modo que reafirme la "hombría" y la "viveza", y el bien-mercancía alcanzado una vez "coronada" la acción será, así mismo, el símbolo de esos dos valores axiales.

En la colonización de principios de siglo, tanto los valores hombría-viveza, como los

***Sea esto específicamente
paisa o no, estamos ante
dos valores y dos
motivaciones psicosociales
que han impulsado muchos
episodios de la vida nacional,
entre ellos la gigantesca
-y violenta- empresa de la
colonización, hoy todavía en
marcha***

bienes que los simbolizaban cual trofeo o botín, tuvieron obviamente expresiones parcialmente diferentes a las de hoy, según los factores culturales cambiantes. Así, el colonizador de comienzos de siglo todavía medía su verriquera y su viveza por las hectáreas de café que lograra habilitar y el derroche en alcohol, prostíbulos y juegos de azar, en una axiología entrelazada con cierta modalidad de religiosidad que a lo mejor ejercía más control que hoy sobre la moral privada, tema que no ha sido hasta el momento estudiado. En cambio, el joven sicario de los barrios nororientales de Medellín, mide la hombría y la viveza "coronadas" por los tenis Reebok comprados con el dinero del primer atraco, o la poderosa "Honda" producto de acciones de mayor osadía.

2. Estando de por medio los valores de las culturas activas en su seno, van surgiendo en los barrios, posiblemente desde mucho tiempo

atrás, las primeras formas de violencia, relativamente artesanales, en donde los recursos utilizados son aún elementales y poco costosos, armas blancas o las formas más rudimentarias de arma de fuego como el trabuco de confección doméstica; hasta cuando, según los relatos recogidos por Alonso, irrumpen en el barrio, procedentes del exterior, organizaciones con recursos, capital y tecnificación. Tales organizaciones son de dos tipos principalmente: aquéllas que utilizan la violencia con una intencionalidad política representada como "revolucionaria" (y "a nombre del" pueblo), que a su turno restringe a esos fines el uso de la fuerza, y aquéllas que utilizan la violencia, con pocas restricciones, como mecanismos regulares de funcionamiento de sus negocios privados ilegales, en un comienzo sobre todo para fines de ajustes de cuentas entre ellos e

***"...Pero a la mayoría
de los pelados
no les sonaba tanto
la carreta de la política,
les tramaba más todo
lo militar"***

intimidación de jueces. Los primeros, más institucionales; los segundos, más informales y con mayor peso de los lazos de parentesco y amistad.

Cronológicamente, estamos hablando particularmente de 1984 en adelante, cuando dos fenómenos de índole nacional favorecen la presencia de esos dos tipos de organizaciones en barrios populares de Medellín: el proceso de paz del Presidente Betancur, que dio más facilidad a las guerrillas para reclutar y adiestrar jóvenes para la guerra, so pretexto de proselitismo de paz (en los barrios nororientales de Medellín lo hicieron el M-19 y el EPL);

y de otra parte el auge y expansión del narcotráfico, que de 1975 a 1984 había logrado consolidar un notable poderío económico e incrustarse en muchos organismos del Estado.

Sobra insistir en el atractivo que ejercían hacia las juventudes, particularmente de capas bajas y medias, estos dos tipos de organizaciones con métodos violentos. "Verraquera" y "viveza" eran justamente lo que representaban los comerciantes ilegales de psicotrópicos, cuyo subdito enriquecimiento y ascenso social eran un ejemplo viviente de hasta donde podían llegar ellos mismos. Los guerrilleros también fueron oídos y seguidos pero con mayores reservas: los jóvenes se interesaron en los entrenamientos bélicos como "milicianos" en los campamentos, mas no en la educación o adoctrinamiento político; sus elementos culturales les impedían entusiasmarse por banderas otras que las de sus intereses atomizados por el "capitalismo salvaje"; no eran propensos a pensar y actuar en términos de clase social. Les parecía "carrasca" todo el discurso político de los guerrilleros y por ello casi todos los abandonaban una vez recibido su muy esperado entrenamiento militar, dedicándose "de viveza" a utilizar esos conocimientos para conseguir dinero. "...Pero a la mayoría de los pelados no les sonaba tanto la carreta de la política, les tramaba más todo lo militar" (p.86). "Yo estuve un tiempo en grupos de esos. Nos pasábamos en reuniones hablando del imperialismo, de la burguesía, de la explotación, de la lucha de clases... mucha carrasca, pero no nos compenetrábamos con la realidad. Entonces decidí que era mejor gastarme el tiempo, como lo hacía antes, tomándome unos chorrillos con una pelada los sábados por la tarde, y no volví a la reunión" (p.94).

3. Frente a esos procesos, el Estado ha sido ausente estrictamente como Estado de Derecho. Sus agentes han actuado, pero más allá de su investidura para defender un Estado de Derecho, han intervenido frente a los poderes privados en el mismo lenguaje de éstos, como un poder privado más: a veces de manera

autoritaria, la ley soy yo ("Usted no es la ley vieja hijueputa, la ley somos nosotros y sabemos lo que hacemos -me gritó uno de ellos mientras me apuntaba con la carabina-", p. 39) y, más frecuentemente, de manera transaccional, permanentemente negociada, siendo cómplices de los hechos delictivos o incluso ejecutando hechos tales de su propia mano. "Todos los días pasaban historias parecidas y la ley sin funcionar. Generalmente no subían, otras veces cogían los bandidos y a la media hora estaban otra vez en el barrio. Se salían con billete y llegaban a cobrársela a la gente que los había denunciado. También se llegó a dar el caso de que los polochos trabajaban en asocio con las bandas, se veían patrullas de policía surtiendo los jibariaderos o cobrando vacuna. La propia policía les vendía armas y municiones" (ps. 89-90).

El libro de Alonso sugiere, empero, en este punto, que la insignificancia o casi inexistencia del Estado de Derecho no se explica

***El libro de Alonso
sugiere que la
insignificancia o casi
inexistencia del Estado de
Derecho no se explica
sólo por la naturaleza de
nuestra institucionalidad,
determinada históricamente,
sino también por
elementos culturales de la
propia sociedad***

sólo por la naturaleza de nuestra institucionalidad, determinada históricamente, sino también por elementos culturales de la propia sociedad (la supremacía de la verraquera y la viveza, por continuar con mi tema) que son más o menos incompatibles con el Estado de

Derecho, hijo del racionalismo, del formalismo inherente a la igualdad abstracta (todos iguales ante la "Ley" sin dueños). Quizá nunca hemos reflexionado sobre los condicionantes culturales de la vigencia o no vigencia del Estado de Derecho, y el libro de Alonso -entre otras muchas insinuaciones- nos lo sugiere.

Conclusiones. Balance Y Perspectivas

Para concluir mi ponencia, intentaré un balance recapitulativo de la situación de los estudios sobre violencia, cuyos vacíos y puntos débiles son precisamente los retos que tenemos los investigadores para los próximos años.

En segundo lugar, y atendiendo al llamado de los organizadores del Simposio, derivaré algunas consideraciones relacionadas con las perspectivas y tareas de la sociedad y el Estado, de nosotros ciudadanos, en la transición del siglo XX al XXI.

A- Balance de Recapitulación

El panorama de los trabajos comentados en la ponencia podría compendiarse de la siguiente manera:

1. Se desarrollaron considerablemente los estudios sobre violencia política desde inicios de la década de los 60, siendo pionero el libro de Guzmán, Fals Borda y Umaña Luna. Aparecido este trabajo, vastamente controvertido en la época, y muchas veces reeditado, le siguió un período de recesión editorial en el tema dentro del país; hasta que en 1974 la publicación de la versión castellana de la obra de Oquist marcaría el comienzo de un cierto boom de investigación colombiana sobre violencia política.

Esta bonanza, empero, no se extiende a otros temas de las ciencias sociales; la historiografía y la sociología política casi se reducen a la violencia, y la violencia que se aborda y se explica es sólo la de dimensiones políticas: la llamada "violencia" de los años 40 a 60 y más tímidamente la del enfrentamiento entre

el Estado y los guerrilleros de intencionalidad "revolucionaria", de los años 60, 70 y 80.

2. El libro *Colombia; Violencia y Democracia* publicado en 1987, llama la atención sobre la magnificación de la violencia política y muestra los senderos para futuros estudios, insistiendo en la pluralidad de violencias, anunciando la llegada de la hora en que el país, fuertemente urbanizado, empezaba a conocer en la propia violencia política modalidades distintas de la tradicional guerra territorial entre guerrillas rurales y supuestos defensores del Estado.

3. En los cuatro años transcurridos desde el llamado del libro de 1987, se han conocido los primeros trabajos en campos antes desatendidos como el de las violencias urbanas (Camacho y Guzmán), el sicariato (Alonso Salazar), la violencia intrafamiliar y contra la mujer (Nora Segura). Pese a la calidad de las obras referidas, el balance es deficitario si se comparan estas aún raras producciones con la frecuencia prevaleciente de los estudios sobre la violencia política de posiciones territoriales.

Terrenos como el cultural, el de las creencias y representaciones en cuanto se entrelazan con las violencias, el de la experiencia social de no-violencia, el de la violencia desde la percepción no de quienes la protagonizan sino de quienes la padecen, continúan prácticamente vírgenes desde el punto de vista de las ciencias sociales.

B- Perspectivas

Bajo el ángulo visual, ya no de sociólogos, sino de ciudadanos a los que nos incumbe y afecta la suerte del país en los años venideros, el estudio de las obras reseñadas, y las grandes ausencias detectadas en el balance, han de llevarnos a reflexionar en torno del tratamiento posible y atinado de las condiciones, tanto organizacionales, como sociales, culturales e institucionales de las distintas modalidades y direcciones de violencias.

No puede subestimarse, en efecto, el factor de la organización como elemento media-

dor e impulsor, entre la tradición de valores y representaciones estimulantes de métodos violentos y la expresión violenta fáctica del momento que atravesamos. Ciertamente los dos tipos de organización señalados -más efímeramente la guerrilla y de modo más perdurable el narcotráfico- han sido decisivos para la intensificación, extensión y características de

***No puede subestimarse
el factor de la organización
como elemento mediador
e impulsor, entre la
tradición de valores
y representaciones
estimulantes de métodos
violentos y la expresión
violenta fáctica del momento
que atravesamos***

modalidades de violencia urbana como el sicariato. Desde este punto de vista, es necesario buscar, como empieza a hacer con titubeos el gobierno de Gaviria, términos de neutralización de la beligerancia exacerbada de los capos del narcotráfico, a ser posible sin vulnerar más el ya desvencijado sistema de justicia colombiano (es decir, sin formalizar diálogos claudicantes ni reconocer al crimen organizado status de delincuencia política aún cuando exista propinquidad política en muchos de sus actos; sin apelación a formas jurídicas de reconciliación como indultos o amnistías, aplicables a rebeldes políticos). Los virajes que el gobierno, mediante decretos, o el Congreso logren concretar, y los cambios en el marco jurídico que conciba la Asamblea Nacional Constituyente para posibilitar ahondar en esos virajes, son por tanto deseables: como lo son las reformas de apertura del sistema político que animen el desarme de las organizaciones

guerrilleras.

Sin embargo, por las luces que arrojan los estudios de violencia que se acaban de reseñar en esta ponencia, no podemos hacernos la ilusión de que desactivadas las organizaciones de narcotraficantes violentos se acabará la violencia sicarial, y mucho menos la violencia urbana en general, de múltiples caras. Porque, más allá de los agentes exteriores que influyeron en su proceso, subsisten factores endógenos, producto de la historia social de los conglomerados barriales, activados particularmente por los cortocircuitos generados en el cruce de los valores y representaciones arcaicas con aquellos provenientes de la vida moderna.

Son las que he llamado aquí condiciones sociales y culturales de la violencia.

Tal vez en el caso de la violencia agenciada por grupos guerrilleros y grupos paramilitares, la desmovilización de las correspondientes organizaciones conlleve más certeramente la reducción de los actos violentos por parte de sus integrantes, de acuerdo con sus características de coherencia y compacidad ideológica, de disciplina y de dedicación exclusiva al proyecto organizacional; así y todo, aún en estos casos son previsibles residuos de violencia que sobrevivan a la organi-

***mientras permanezca
el carácter ilegal del
comercio de psicotrópicos,
una cantidad de medianos
comerciantes continuarán
recurriendo al sicariato
como forma alterntiva a la
justicia institucional
en la regulación interna de
sus negocios y en la
protección de su seguridad***

zación, dada la mixtura 'anotada- de la violencia política con violencias múltiples de otra naturaleza; sin ir muy lejos, algo de esto ha vivido el EPL en su actual proceso de desmovilización.

Pero entre sicarios, y con relación a los contratantes mafiosos u otros contratantes del crimen organizado, no existen los compromisos militantes de los guerreros de izquierda y derecha, que los cohesionan más fácilmente tanto para la guerra como para el desarme preceptuado. Su relación, se dijo aquí, es mercantil, contractual en el más escueto sentido; por tanto esta mano de obra sigue disponible para el mejor postor. Si se entregan a la justicia los capos de la mafia decrecerá, es cierto, la selectividad de la violencia y los blancos políticos de la organización económica; descenderán ciertas formas de violencia de contigüidad política como el terrorismo de presión, el secuestro de figuras públicas o los magnicidios, y ello sólo hasta donde la politización de la Policía en la llamada "guerra al narcotráfico" no haya radicalizado contra el Estado a los propios sicarios de los barrios más golpeados por la fuerza pública. Proliferarán, en cambio, en la dispersión, las acciones de sicarios para ajustes de cuentas y el atraco indiscriminado cuando los "contratos" sean insuficientes, en ambos casos con niveles de tecnificación superiores al pasado, como que la última etapa del patrocinio narcotraficante la habría aportado irreversiblemente, en ese aspecto, a la evolución de la delincuencia. A ello se agrega el hecho de que, mientras permanezca el carácter ilegal del comercio de psicotrópicos, una cantidad de medianos comerciantes continuarán recurriendo al sicariato como forma alterntiva a la justicia institucional en la regulación interna de sus negocios y en la protección de su seguridad.

La anterior perspectiva de ningún modo significa una sinsalida; simplemente nos desencanta respecto de las soluciones puramente jurídicas, políticas o, en general, oficiales; nos pone de presente que las salidas más de fondo

***El madresolterismo
y la discriminación
laboral de la mujer,
no cabe duda de la
incidencia que tiene
en el comportamiento de los
hijos, como ingrediente
sociológico que entra en juego
con otros componentes
psicosociales***

al fenómeno del sicariato conciernen a la sociedad en su conjunto y no sólo a las instancias estatales. Las terapias en este plano tienen que ver con lo que, siguiendo el texto de entrevistas de Alonso Salazar, llamé condiciones sociales y culturales de la gestación del sicariato.

Así, pues, al confinamiento de la población de barrios como los nororientales de Medellín por parte del resto de una ciudad recientemente estratificada -lo que ha incitado la creación de ghettos dentro de ellos- la sociedad debe contraponer un diálogo efectivo, tender unos puentes reales de integración (espacial, orgánica y cultural) y buscar la participación de objetivos y valores; tal diálogo no podrá seguramente ser verbal en su comienzo, dado el desgaste que en el medio ha sufrido la palabra, especialmente por el quehacer político, y dadas las enormes distancias culturales entre los compartimentos estancos de la ciudad. Habrá que explorar entonces otros vehículos de comunicación como la música, el deporte, los "media", la fiesta, el trabajo y, obviamente, la escuela. Algunas iniciativas serán del resorte del régimen municipal y de la administración del municipio, pero muchas más estarán en manos de los diversos sectores de la sociedad distintos del oficial. Para ello, además, la sociedad deberá empezar por democratizarse a sí misma, por romper las barreras de intolerancia y etnocentrismo que

han aclimatado, aunque no parezca, el recurso a la violencia.

Aspectos sociales como la rudeza de las condiciones de vida y empleo entre jóvenes de barrios pobres, de barrios medios en deterioro y de barrios medios de hoy desarrollados en convivencia cotidiana con el delito, son factores sobre los cuales, no sólo el Estado sino la sociedad toda, debe solidariamente generar iniciativas. El madresolterismo y la discriminación laboral de la mujer, no cabe duda de la incidencia que tiene en el comportamiento de los hijos, como ingrediente sociológico que entra en juego con otros componentes psicosociales; el hijo de la madre soltera que la ve desamaparada y discriminada para acceder a un empleo estable y debidamente remunerado, asume la función de sustituto de un padre que ni desea conocer, y psicológicamente alimenta unas relaciones edípicas hipertrofiadas como corresponde al desarrollo infantil con ausencia de imagen paterna vigorosa, con sensibles traumas en la formación de la autoimagen y la autoestima -tanto más dado el rol de la madre dentro de la cultura "paisa"-.

Especial atención debe poner el conjunto de la sociedad a las condiciones *culturales* de los procesos conducentes al sicariato. Cuan equivocados están quienes buscan soluciones apelando a la restauración de viejos valores y formas de vida. A más de ignorar el viejísimo principio de realidad de que la sociedad cambia inexorablemente y de refugiarse en un imposible retorno de lo irreversible, desconocen que precisamente los arcaicos valores, creencias y representaciones, reproducidos y moldeados desde antaño, son los que, entrando en cortocircuito con el bombardeo de una modernidad importada y descabalada, han abortado este engendro del sicariato.

La dimensión cultural del problema, hay que reconocerlo, es la más compleja, la de más largo plazo en sus terapias, la que mayormente desborda la esfera jurídica y estatal de soluciones y la que en mayor grado concierne al conjunto de la sociedad.

Uno de los frentes de acción de la sociedad sobre las raíces culturales del sicariato, será el de los espacios de socialización en los cuales se reproducen lo que he llamado los valores antiguos en cortocircuito con los nuevos, y a través de cuyos intersticios se desplazan creencias, símbolos, prestigios, de los conglomerados a los individuos. Espacios de socialización como la familia (o "semifamilia", de acuerdo con lo dicho), las calles del barrio, la escuela, cobran aquí una importancia primordial.

***La exacerbación del
sicariato, tremolante en
medio del crimen
organizado y la violencia
política, nos deparó a los
colombianos costosas
lecciones acerca de lo que
puede llegar a amenazar
la seguridad cotidiana de los
ciudadanos e incluso
la estabilidad del Estado,
violencias que en sí mismas
no son políticas y que,
en sus comienzos,
parecerían no tener que ver
con el desafío al Estado de
Derecho***

Para modificar las direcciones de socialización y los códigos de comportamiento y de reconocimiento social a través de estos espacios, toda la sociedad tiene que ponerse en acción, y durante muchos años. El Estado tiene allí su papel, sobre todo como apoyo logístico de la educación formal y no formal de jóvenes y de adultos; pero agotar en esa instancia una

empresa tan vasta, sería el colmo de la ingenuidad.

Finalmente, hay que actuar sobre las condiciones "institucionales" de la violencia. Efectivamente, los textos son ricos en alusiones a la manera como los funcionarios se han desempeñado en medio de la ilegalidad, el delito y la anomia de los sectores civiles, actuando muy a menudo por fuera y en contra del Estado mismo (por venalidad o por retaliación) y a cómo ello ha sido una pieza fundamental para la consolidación de formas y sistemas de violencia, por ejemplo del sicariato.

Pero incluso en este campo de la componente institucional, no puede pensarse que las solas reformas de la ley o de la Constitución nos rediman. Muchas de las tareas que en este terreno hay que acometer, son también culturales y tienen que ver con la reeducación de los agentes estatales, especialmente de los vinculados con la justicia y con los cuerpos armados y de seguridad; reeducación en el respeto al orden jurídico, en la superioridad de las soluciones democráticas sobre las medidas de fuerza bruta, en la soberanía del Estado de Derecho, en la majestad de los derechos ciudadanos por encima de los poderes y los prestigios, propios y ajenos.

Respecto a modalidades de violencia - menos estudiadas - diferentes del sicariato, de la violencia generada (en los dos bandos) por la "guerra al narcotráfico", y de la violencia entre militares, guerrilleros y paramilitares, las salidas no son tampoco más simples ni menos apremiantes. Comparten mucho de lo expuesto ya sobre las condiciones sociales, culturales e institucionales. La exacerbación del sicariato, tremolante en medio del crimen organizado y la violencia política, nos deparó a los colombianos costosas lecciones acerca de lo que puede llegar a amenazar la seguridad cotidiana de los ciudadanos e incluso la estabilidad del Estado, violencias que en sí mismas no son políticas y que, en sus comienzos, parecerían no tener que ver con el desafío al Estado de Derecho.

(Fajardo los critica discretamente aunque se propone, superándolos, permanecer dentro del modo de explicación marxista).

Así, fija el punto de partida en la obra sintetizadora de Oquist. En la primera página de presentación de su trabajo, resume en tres los planteamientos centrales de Oquist: la multiplicidad de causas de la Violencia; la diferenciación regional; la relación de La Violencia con la problemática en sí del Estado. Consecuentemente con su acento profesional de antropólogo, dice explícitamente que no trabajará la temática Violencia-Estado, alejándose por ende de la línea de la "ciencia política". En cambio, asume los otros dos planteamientos: diferenciación regional y multiplicidad causal.

Otro autor que Fajardo evoca es Guillen Martínez. Simpatiza con la tesis central de Guillen sobre el poder hacendario y con otras piezas de la argumentación de Guillen como es la lectura desmitificadora del gobierno López, más allá del enfoque liberal característico de casi toda la historiografía de los años 50 y 60; más -paradójicamente- cuando parece converger con Guillen, reafirma su principio del determinante en última instancia de la economía: "Es en realidad ingenuo pensar que la Ley, el Derecho, actúan como fuerzas matrices en la transformación de la realidad; por el contrario, tienden a reflejar los cambios que se producen en ella" (p.272).

Dentro de su rico examen adelantado en el laboratorio microlocal de tres municipios, retorna de cuando en cuando al que es principio guiador en la lectura marxista del primer Kalmanovitz sobre el proceso colombiano: "el desarrollo espontáneo de la economía" (Fajardo, p.272).

De este modo, pese a que Fajardo se propone de partida asumir, inspirado en Oquist, la *multiplicidad de causas* de la Violencia, no permanece en este enfoque hasta el final; la "última instancia" del modo de explicación que opta, no se lo posibilita. Podríamos dividir la investigación sobre La Violencia en dos grandes tendencias que continuamente

basculan entre la explicación unidimensional y la pluridimensional. Enfoques como los de Kalmanovitz, Francisco Posada, son claramente y expresamente unidimensionales; enfoques como los de Oquist, Pécaut, Ortíz, la Comisión de la Violencia de 1987, son pluridimensionales; otros oscilan entre las dos tendencias, como el caso de Fajardo.

La óptica marxista de Fajardo puede ser una de las razones para su convergencia, al contrario de Jaime Arocha, otro antropólogo, con las explicaciones de los economistas y los sociólogos. Pero sí hay en Fajardo un distintivo, compartido con Arocha, que proviene de su oficio de antropólogo: la valoración de la fuente oral. Fajardo y Arocha hacen descansar buena parte del peso de la sustentación en un informante clave, que en ambos casos ha sido muy acertadamente escogido. Esta modalidad del informante clave, practicada también en obras de género periodístico y literario, como las excelentes de Arturo Alape y Alfredo Molano, encierra de suyo muchas potencialidades y así mismo limitaciones que derivan del condicionamiento histórico de las versiones de cualquier informante.

***Esta modalidad del
informante clave, practicada
también en obras de género
periodístico y literario,
como las excelentes
de Arturo Alape y
Alfredo Molano,
encierra de suyo muchas
potencialidades y asimismo
limitaciones que derivan
del condicionamiento
histórico de las versiones
de cualquier informante***